
OBREROS Y COMUNISTAS EN EL SOCIALISMO REAL: ITINERARIO DE UN DESENCUENTRO

Francisco Gutiérrez S.*

Una de las fechas con la que los profesores de historia del siglo XXI probablemente martirizarán a sus alumnos de bachillerato es el 4 de junio de 1989. Ese día, los comunistas polacos fueron destrozados en las primeras y únicas elecciones pluralistas que organizaron. Fue el comienzo del fin del socialismo real europeo. El 4 de junio de 1994 conmemoramos cinco años de aquel acontecimiento, lo que nos da un pretexto tan banal pero tan aceptable como cualquier otro para pensar la experiencia del socialismo. Se trata de una reflexión vital para las ciencias sociales latinoamericanas, pero que desgraciadamente ha quedado trunca y malograda entre nosotros.

Si se quiere reabrir con algún éxito el tema, habrá que tomar distancia con esa orgía tan nuestra de esquemas simplificadores, que bien puede haber constituido una espléndida coartada para no pensar. Particularmente esterilizante fue la noción de “dictadura de la burocracia”. Explicándolo todo a partir del conservadurismo, la ineficiencia y la naturaleza explotadora de la burocracia, hemos perdido de vista buena parte de la riqueza de matices y registros que nos puede ofrecer el laboratorio socialista.

El siguiente artículo trata de proponer una narrativa más rica en tonalidades grises que la interpretación convencional. Tomando como base la experiencia polaca en la década del 80, trataremos de seguirle la pista al desencuentro entre élites comunistas y clase obrera. Haremos hincapié en la visión y en las representaciones públicas de las primeras sobre la segunda. En este contexto, buscaremos explicaciones sustantivas menos rectilíneas que la simple existencia de actores “buenos”/ “progresistas” (obreros, reformistas) y “malos”/ “conservadores” (burócratas, aparatchiki).

Para el lector poco familiarizado con la experiencia polaca, ofrecemos un cuadro que resume los pocos conocimientos específicos que hay que tener para vadear con éxito las páginas que siguen.

LOS 16 MESES

La eclosión del descontento obrero de 1980 y 1981 despertó muchas más angustias entre los soportes del régimen de lo que jamás supusieron sus enemigos. La percepción de tener la trayectoria vital amenazada y la pérdida de sentido entre los burócratas y los empresarios se expresó incluso en el aumento relativo de suicidios¹. Pero fue el Partido mismo, cuestio-

* Antropólogo y politólogo, profesor del Centro de Estudios del Habitat Popular (CEHAP) de la Universidad Nacional.

1 Jarosz M.: ‘Samorządność pracownicza - Aspiracje irzeczywistosc’, KiW, Warszawa, 1988, pp. 76-77.

Instituciones	<p>PZPR: Partido Obrero Unificado de Polonia (comunista).</p> <p>SOLIDARIDAD: Organización sindical y movimiento social surgido de las huelgas de agosto/80. Estuvo en la oposición en la década del 80, y en 1989 tomó el poder.</p> <p>OPZZ: Central sindical comunista, creada por el régimen a principios de la década del 80.</p> <p>Mesa Redonda: Conversaciones entre el PZPR y SOLIDARIDAD llevada a cabo en 1989. Se discutieron la reforma del régimen, las reivindicaciones obreras y la legalización de SOLIDARIDAD.</p>
Personas	<p>Gierek: Secretario General del PZPR en la década del 70.</p> <p>Jaruzelski: General, secretario general del PZPR y premier en la década de los 80.</p> <p>Rakowski: Uno de los arquitectos de la reforma, premier del último gabinete comunista.</p>
Fechas	<p>1956/1970: Años de eclosión, de protesta obrera.</p> <p>Agosto 1980: Inicio de la oleada huelguística contra el gobierno comunista.</p> <p>Bydgoszcz-marzo de 1981 militantes de SOLIDARIDAD se tomaron un edificio de uno e los partidos aliados del PZPR. La policía los expulsó por la fuerza y SOLIDARIDAD amenazó con declarar una huelga general indefinida. El impasse estuvo a punto de desencadenar la guerra civil.</p> <p>Diciembre 13 1981: los comunistas declaran el estado de excepción, prohíben la actividad sindical.</p> <p>“16 meses de libertad”: Período de democratización por la presión del movimiento obrero (agosto 1980-diciembre 1981).</p>

nado de manera bastante directa, quien mostró las reacciones más interesantes para nosotros. La necesidad de enfrentarse a la clase obrera fue, para los comunistas, chocante en lo ideológico y en lo emocional.

Los dilemas dimanantes de la explosión huelguística de 1980 eran particularmente dolorosos. Las diferencias en este sentido con levantamientos obreros anteriores son claras. Tanto en 1956 como en 1970, para las élites comunistas fue posible hacerse a la ilusión de que era apenas una parte de la clase obrera, manipulada por una “maniobra de diversión”, la que se enfrentaba al régimen. Aún reconociendo la legitimidad de la protesta, era per-

fectamente factible atribuir los desórdenes y enfrentamientos más graves a la presencia de “elementos extraños” entre los obreros². Por lo demás, sobre todo en el primer período del régimen, parte del PZPR jugó un claro papel de vanguardia; las ideas de los marxistas jóvenes fueron el más directo fermento intelectual de la protesta. En cambio, en 1980 el aislamiento del PZPR con respecto de los trabajadores manuales, y sobre todo con respecto de su arquetipo de “ciudadano modelo”, los obreros de la gran industria socializada, se toma rápidamente dramático.

Ciertamente, las élites tratarán de mantener la argumentación que, para los casos anterio-

res, demostró ser funcional: el descontento obrero era perfectamente explicable, el ala proletaria de Solidaridad era un interlocutor legítimo, pero la presencia de ideólogos reaccionarios enturbiaba gravemente el panorama. Tal es, por ejemplo, el aparato explicativo ofrecido en septiembre de 1980 por las autoridades del Partido. Era un imaginario de obreros "buenos", manipulados por intelectuales "malos"³. Tenía en su contra, entre otras muchas cosas, el hecho más o menos público y evidente de que la dirección de Solidaridad se veía frecuentemente presionada por sus bases para adoptar medidas muy radicales. Eran los obreros quienes con mayor énfasis mostraban su animadversión a los comunistas, contenidos a duras penas por intelectuales de centro-derecha que tenían una conciencia aguda de las realidades geopolíticas. En el conflicto de Bydgoszcz, valga por caso, fueron los asesores de Solidaridad y la dirigencia obrera moderada quienes trataron de bajar el tono de las exigencias de la base obrera, a las que reputaban desestabilizadoras y catastróficas⁴. Después del golpe de Jaruzelski del 13 de diciembre de 1981, fueron los ideólogos de la derecha quienes se opusieron con más fuerza al programa de "huelga general" levantado por dirigentes obreros de Solidaridad⁵.

En realidad, los comunistas estaban sometidos a una fuerte disonancia cognitiva entre el contenido social (que ponía ahora más que nunca énfasis en la clase obrera y en su recuperación) y el contenido político (paz social a

toda costa, lo que los acercaba a ideólogos de centro y derecha) de su programa y su estrategia. Los comunistas veían como el problema central del conflicto la posibilidad de un divorcio definitivo con la clase obrera, que al fin y al cabo constituía no sólo su norte ideológico sino una de las llaves maestras de su sentido de pertenencia⁶. A la vez, su espacio de maniobra estaba tan limitado que la supervivencia misma del régimen parecía depender en buena medida de las posibilidades de un acuerdo, que tuviera como núcleo la paz social, con fuerzas católicas y conservadoras. De esta última circunstancia no sólo estaba consciente un "línea dura" como Jerzy Urban⁷ sino, posiblemente, el Buró Político en su conjunto⁸. Si dividimos la legitimidad en "externa" (de cara al conjunto de la sociedad) e "interna" (de cara a los sectores dominantes y sus auditorios y aliados)⁹, comprenderemos porqué la maniobra propuesta por Urban era tan de difícil aceptación entre las élites comunistas: garantizaba la legitimidad externa, pero a costa de la interna. Y esto es mortal para cualquier grupo en el poder. Los comunistas no sólo tenían que ganarse a la clase obrera: tenían que pensarse a sí mismos como apoyados por ella.

Esto explica que, mientras que en Solidaridad se dieron sentimientos muy fuertes que propugnaban por la exclusión de los miembros del Partido del sindicato, estos hayan continuado manteniendo casi hasta el final la doble militancia. De hecho, al Comité Central y a muchos Comités de nivel medio, llegaron comunistas

3 V. gr. en Rakowski: "Czasy nadziei i rozczarowan", Czytelnik, Warszawa, 1987, p. 264.

4 Ver, por ejemplo, Czabanski K.: "Marzec'81 -Bydgoszcz- dokumenty, komentarze, relacje", Most, Warszawa, 1987, pp. 14-16.

5 Lopinski M. - Moskit M. - Wilk M.: "Konspira", Editions Spotkania, Gdansk-Warszawa, 1989.

6 Para el caso húngaro, hay un hermoso análisis sociológico que revela con gran energía la pérdida de rumbo del militante comunista apenas se siente subjetivamente separado de los obreros y "el pueblo": Horvóth Agnes and Szakolczai Arpad: "The dual power of the State-Party and its grounds" en Social Research 2 1990.

7 En "List Jerzego Urbana do Stanislaw Kanii" en Polityka 29 1989 se propone una maniobra política en gran estilo, cuya alternativa principal sería un acuerdo con las fuerzas católicas para obtener la paz social.

8 Ver "Tajne dokumenty Panstwo-Kosciól 1980-1989", Aneks, Londyn-Warszawa, 1993, en donde los representantes del régimen insisten frente a los personeros de la Iglesia católica que "juntos respondemos por este país" (p. 54). Ver también las declaraciones de S. Olszowski sobre la existencia de "dos tendencias claramente diferenciadas" en Solidaridad: una socialdemócrata, extremista, y otra demócrata-cristiana, influida por la Iglesia y "más realista". En "Tajne dokumenty Biura Politycznego (PZPR a Solidarnosc 1980-1981)", Aneks, Londyn, 1992, p. 172.

9 Rychard, citando a Agnes Heller, recuerda que hay dos condiciones suficientes y necesarias para la deslegitimación del sistema: pérdida en la fe y en la legalidad del sistema por parte de los miembros del Partido, y existencia de un proyecto político alternativo. En Adamski - Jasiewicz - Kolarska Bobinska - Rychard - Wnuk Lipinski, 'Polacy 88', CPBP, Warszawa, 1989, p. 443.

convencidos que, a la vez, fungían como cuadros y líderes de la actividad sindical¹⁰. Parece típico de su estado anímico el que frecuentemente se justificaran ante sus compañeros de solidaridad, aduciendo que ellos eran una especie de “grupo de relevo” del Partido, al que no se podían pedir cuentas por los errores del pasado¹¹. Por otra parte, el argumento fundamental de tales comunistas frente al Partido, consistía en que, de no estar éste a la cabeza del descontento, solidaridad u otro lo excluiría de la clase obrera.

La alarma y el descontrol de los comunistas también se remitían claramente a una interpretación específica del papel de la clase obrera, concebida como bastión del régimen socialista. En efecto, en la ideología dominante que hacía las veces de sentido común de los comunistas, la voluntad de la clase era el receptáculo último de la legitimidad del sistema político. Durante años, los comunistas pudieron utilizar el mecanismo de la “representación redundante”¹² para hablar a nombre de la clase obrera, lo que a menudo servía incluso para luchar contra los rivales de fracción dentro del mismo PZPR. En la década de los 70, con el advenimiento de Gierrek, la “legitimidad proletaria” tuvo que convivir con la “legitimidad del éxito”, expresada en la capacidad del régimen de ofrecer a la sociedad un nivel de vida en ascenso. Ciertamente, una y otra forma de legitimación encontraban un punto de encuentro, frágil pero vital, en las aspiraciones de bienestar material de los trabajadores manuales. Pero la explosión de descontento obrero unida a una crisis económica sin precedentes acabó de un mazazo con la legitimidad del régimen y también, cosa que pocas veces se resalta, con las expectativas, visiones

y mitos que mantenían los comunistas con respecto del socialismo de cuyo discurso ellos, como los obreros, eran a la vez sujeto y objeto. Tbd esto obligó a las élites a buscar una nueva manera de explicar la realidad socio-política y nuevos argumentos para sustentar la necesidad del régimen monocéntrico.

EN LA ENCRUCIJADA: LA DICTADURA DEL ESCEPTICISMO

El aplastamiento militar de Solidaridad no fue una fiesta para el Partido. En medio de agudas dudas sobre la trayectoria vital del PZPR, los comunistas constataron que diciembre de 1981 había significado una demostración de debilidad, no de fuerza. La piedra de toque del estado de excepción fue la prohibición de las actividades sindicales, lo que ponía en entredicho cada hora, cada minuto, a un Partido que se llamaba a sí mismo “vanguardia de la clase obrera”. La labor de reconstrucción del prestigio del Partido tuvo que ser muy penosa y, como se refleja en el Gráfico 1, poco fructífera. El discurso de los comunistas trató de adaptarse al espíritu del período: adoptó un tono francamente minimalista, desprovisto de falsas ilusiones. La prosperidad no llegará rápidamente a Polonia; el régimen monocéntrico está anclado en sólidas realidades geopolíticas; en lugar de legitimarse a través de la oferta de un nivel de vida cada mes más alto, es preciso limitar las expectativas de la población¹³. Más aún, esta debe ser inducida a pensar menos en la política y más en el trabajo individual perseverante y tenaz que, según muchos teóricos cercanos al PZPR y al

-
- 10 Según Rakowski, 405 delegados (20,6%) de los delegados al IX Congreso del PZPR (1981) pertenecían a Solidaridad. En Rakowski: "Czasy nadziei...", p. 30. Esto bien puede haber sido en parte producto de la táctica de las autoridades del Partido, pero no hay duda de que muchos militantes rasos y a nivel medio participaron en Solidaridad de manera absolutamente sincera; por lo demás, el Buró Político terminó repudiando y prohibiendo la entrada de sus militantes a Solidaridad, sin lograr sin embargo detener el fenómeno.
 - 11 Varios: "Przepychanka", Niezależna Oficyna Wydawnicza, Warszawa, 1989.
 - 12 Consistente en proclamarse representante de la clase obrera e identificar sus deseos y voluntades con los de la clase. Dicha identificación se ratificaba periódicamente por medio de convocatorias provenientes de la "vanguardia" (plebiscitos, movilizaciones, inscripciones al Partido, etc.).
 - 13 Tarkowski J.: 'Sprawność gospodarcza jako substytut legitymizacji władzy w Polsce powojennej' en Kultura i Społeczeństwo 3-4 1989.

gobierno, no pertenecía a las tradiciones nacionales polacas¹⁴.

Este socialismo de limitación de las expectativas y de "migración interna" -para utilizar la conocida expresión con la que S. Nowak se refería al regreso desde el ámbito de lo público hacia el mundo de lo privado- tuvo un relativo éxito. Indudablemente, ya antes del golpe de Jaruzelski la población había comenzado a sentir la fatiga que causa siempre una vida política demasiado intensa combinada con penurias materiales. La derrota de Solidaridad, los éxitos de la represión y control a las actividades de protesta y ciertas mejorías parciales en el abastecimiento y el nivel de vida, dieron algún oxígeno al PZPR.

Pero lo que se debe destacar aquí es que la visión que tenían los comunistas sobre los obreros sufrió un notable deslizamiento. Cada vez menos eran descritos como los depositarios de la legitimidad, como en la teoría comunista clásica; tampoco se contemplaban como la comunidad solidaria y sufriente, según los imaginaba Solidaridad. Por el contrario, pasan a convertirse en un problema con dos facetas: la primera, política (¿cómo permitir su participación y, a la vez, limitarla para que no choque con el régimen monocéntrico?) y la segunda económica (¿cómo realizar la reforma sin afectar el nivel de vida de los obreros, lo que conduciría inevitablemente a turbulencias políticas?).

1986 viene a establecer un corte relativamente claro no sólo por el estancamiento económico sino por el rápido deterioro del estado anímico de la población (ver Gráficos 1 y 2, que muestran que promediando 1986 se produce un punto de inflexión en cuanto a confianza en el PZPR índices de optimismo¹⁵). Hasta ese año, las élites comunistas podían creer no sólo que habían sofocado definitivamente a Solidaridad, sino que la situación económica mejoraba paulatinamente. Incluso en el X Congreso del Partido (1986) se nota una mentalidad optimista, que creía que lo peor había pasado ya. Pero la involución de 1986 puso a los comunistas frente al espectro del ciclo reforma-estancamiento-retroceso-explosión de descontento-reforma, que configuraba una auténtica crisis de gobernabilidad del socialismo real.

Los comunistas, al menos los más lúcidos y los más comprometidos con la reforma, atribuían esta crisis de gobernabilidad a la ineficacia creciente del sistema. En su visión, el requisito para mantenerse en el poder era construir un sistema económicamente viable lo que, a su vez, equivalía a competitivo. El pesimismo sobre las posibilidades de dinamizar al socialismo real comenzó a permear las páginas de los diarios oficiales. Las exigencias de competitividad reemplazaron paulatina e inadvertidamente las de pureza ideológica, intentando durante un corto período una incómoda convivencia. Cuando en 1987 uno de los entonces jóvenes reformistas más prometedores, Marcin Swiecicki, se preguntaba si el sistema des-

14 La tendencia de los historiadores, teóricos y publicistas del Poder a achacar la culpa de todos los males a determinados rasgos del "carácter nacional polaco" fue advertida por muchos autores. La naturaleza socio-técnica del argumento no excluye que sus partidarios fueran perfectamente sinceros. Cfr. Szczepanski J.: "Od społeczeństwa urzędującego do działającego" en Trybuna Ludu 16-17/IV/1988.

15 Gráfico 1: La confianza en el PZPR se ha tomado del informe del OBOP sobre una serie de sondeos de opinión realizados a lo largo de la década: 'Rozkłady procentowe odpowiedzi na pytanie: Czy darzy parwV zaufaniem PZPR?', OBOP, Warszawa, 1989, p. 2. El porcentaje 'confía en el PZPR' se obtuvo sumando los porcentajes de las respuestas "sí" y "más bien sí" y el porcentaje "no confía en el PZPR" sumando las respuestas "no" y "más bien no". Las fechas de las mediciones usadas para construir el gráfico son: 5-V-81; 6-IV-82; 31-V-83; 20-VI-84; 4-VI-85; 20-V-86; 26-V-87; 10-V-88; 16-V-89. Gráfico 2: El índice de "optimismo en el país" fue tomado de OBOP: "Komunikat z badań - Rok 1988 w opinii społecznej", diciembre 1988, de la respuesta "bueno" a la pregunta: 'El pasado año fue para nuestro país...' (mediciones para los años 1975, 1981, 1982, 1983, 1984, 1985, 1986, 1987, 1988). El índice 'optimismo personal' fue tomado de 'Komunikat z badań - Rok 1987 w opinii społecznej', enero 1988, de la respuesta "bueno" a la pregunta "¿Cómo fue el año pasado para Usted personalmente?" (años 1983, 1984, 1985, 1986, 1987). El índice "optimismo en la reforma económica" fue tomado de OBOP: "Komunikat z badań - Społeczne opinie o reformie gospodarczej", marzo 1988, de la respuesta "más bien beneficiosa" a la pregunta 'La influencia de la introducción de la reforma económica ha sido hasta ahora...' (mediciones realizadas en: 1983, 1985, 1987, 1988).

pués de la reforma sería aún socialista, terminaba remitiéndose a un argumento de eficiencia: El proceso en todo caso es necesario, porque, por ejemplo, “en 1984 Malasia, un país de 15 millones de personas en el cual una cuarta parte de la población adulta es analfabeta, exportaba a los 22 países de la OECD 20% más máquinas y herramientas que todo el CAME”¹⁶.

REFORMA Y DESENCUENTRO

Así, pues, el tema de la “reforma” quedaba una vez más a la orden del día, aunque con connotaciones bastante distintas a las que implicaron los debates de 1980-1981. Aunque la palabra “reforma” invocaba las más caras aspiraciones populares, como realidad conllevaba, al menos temporalmente y en todo caso durante un buen período, un recorte importante del poder adquisitivo de la población¹⁷. Lo interesante es que, como vimos, para los comunistas y los líderes gubernamentales de la reforma, la conciencia de la necesidad de este recorte iba acompañada de la sentida urgencia de evitar turbulencias políticas; se esperaba poder hacer la reforma sin “descensos en el nivel de vida de las masas”¹⁸.

Por ese entonces, no eran raras las discusiones dentro del PZPR sobre algunos aspectos ideológicos fundamentales: ¿sigue siendo progresista la clase obrera? ¿aún en este caso, sigue

jugando un papel fundamental en un mundo post-industrial?¹⁹. ¿Cómo conciliar las necesidades de la democracia política moderna con la “dictadura del proletariado”? ¿Tiene, en general, algún sentido, proclamar al PZPR como “vanguardia de la clase obrera”? Las respuestas a estos y otros interrogantes dejaban translucir un pesimismo apenas disimulado. Los comunistas buscaban una retirada prudente que no los pusiera al descubierto, pero que de alguna manera los dejara libres de su incómodo matrimonio con los obreros. La III Conferencia Ideológica de toda Polonia del PZPR causó algún revuelo precisamente por ello. “Cada vez más fuertemente, e incluso de manera ostentosa, se nos propone el cambio de la base social del Partido. Tales puntos de vista se oyen, en los últimos meses y semanas, en boca de distintas personas. Los más prudentes hablan de la necesidad de “trastear” el Partido hacia bases como la aristocracia obrera y su intelectualidad, precisamente la intelectualidad técnica. Los más extremistas dicen que en general deberíamos abandonar, huir de la clase obrera... Ayer oímos sobre la poco productiva clase obrera como base social del estalinismo”²⁰.

Los programas puestos sobre el tapete por los ideólogos reformistas del PZPR, que buscaban construir una “nueva izquierda”, recordaban más bien las propuestas convencionales de la centro-derecha, con su énfasis en la lucha contra la demagogia y el igualitarismo²¹. Por lo de-

16 Swieicki M.: 'Reforma gospodarcza a pryncypia ustrojów' en Nowe Drogi 12 1987.

17 Quizás en Hungría el descubrimiento de que la reforma iba en contravía de los presupuestos ideológicos fundamentales que habían acompañado todo el ethos comunista se dio más rápido, tanto entre la dirigencia política como entre los empresarios. Así, “el término reforma significa aquí el cambio del sistema económico socialista con la condición de que aumente el papel coordinado del mercado y disminuya el de la burocracia”. Y el mercado tenía que conducir a una redistribución: 'En lo referente a la distribución de la renta nacional, en los próximos años tendrán prioridad las exigencias de equilibrio de la economía exterior y de modernización de la producción, por lo que se precisara elevar sustancialmente el rendimiento, a fin de mantener el nivel de consumo público y de la población. Hasta que se produzca este aumento, se debe contar con una declinación transitoria del consumo de la población y de los ingresos reales' (“Sesión del Consejo de Ministros”, Budapest, 1987).

18 Es notable el siguiente comentario (de mayo de 1981) del ministro Barcikowski: “Se trata de dos empresas. Primero, plan de estabilización económica... Segundo, el asunto de la reforma económica. La gente creyó que ella tenía que traer mejoras en las condiciones de vida. En realidad, implica pasar a principios de mercado... Para que haya responsabilidad económica es preciso elevar respectivamente precios y salarios. Para esto es necesaria la aceptación social. Esto nunca se ha logrado, siempre hubo alborotos que enseñaron que se puede presionar al poder y que este siempre cede' (en “Tajne dokumenty Panstwo-Kosciól”, p. 55).

19 Por ejemplo, no estaba claro siquiera si la clase obrera en un futuro cercano seguiría siendo un actor significativo de la producción. Tittenbrum J.: “Polemika - Umarla klasa?” en Polityka 24/V1/1989.

20 En Varios: 'Partia i robotnicy' en Trybuna Ludu 15yV/1989. A los obreros también se les acusaba de amasar privilegios. Bodnar A. - Janik K.: “Kto dokona dostepu” en Trybuna Ludu 15yV/1989.

más, muy rápidamente los conflictos comunistas-obreros adquirieron un cariz mucho más convencional y parecido al esquema patrón (o tecnócrata gubernamental) - trabajador predominante en Occidente, que en el pasado²².

Naturalmente, nada de esto podía aparecer particularmente convincente a ojos de los obreros. Sin temor a exageración se puede afirmar que la clase obrera se proponía la conservación de los jirones específicamente socialistas del sistema y que la evolución desde valores igualitaristas a valores "eficientistas" se estancó más o menos promediando el fin del régimen comunista. Particularmente claro es este proceso entre los obreros no cualificados los cuales, empero, se consideraban como un bastión más o menos tradicional del comunismo o, en términos más generales, del conformismo con el sistema vigente²³. Influyeron para ello no sólo el que las élites se hubieran apropiado de las consignas de reforma, sino el creciente cansancio de la población ante una situación económica cada vez más deteriorada y una situación política que parecía ir haciéndose más y más confusa.

KORNAI Y LA NUEVA PERSPECTIVA

El que en 1989 se percibiera que las élites eran abanderadas de la reforma y el grueso de la clase obrera la resistía, implicaba, naturalmente, un cambio de evaluación mutua, un redescubrimiento del significado de uno y otro al interior de la sociedad socialista. El cambio de concepción programática de las élites comu-

nistas, desde la "dictadura del proletariado" (la propuesta de Jaruzelski al comienzo de la década) hasta el "gobierno de los hombres de éxito" (autodefinición del gabinete Rakowski), es lo suficientemente sugerente como para obligarnos a tener en cuenta no sólo los dramáticos cambios económicos y políticos en los 80, sino también la evolución en la formación y perspectiva intelectual de las élites. Creemos que el seguimiento de las lecturas que tuvo en el ámbito polaco la obra del economista húngaro Janos Komai -quien ejerció una notable influencia sobre algunos de los arquitectos de la reforma polaca, como Rakowski, Albinowski, Baka y Reykowski²⁴- nos puede proporcionar pistas para comprender la evolución intelectual y espiritual del equipo dirigente comunista y, asociada a ella, la nueva visión sobre la clase obrera.

Implícitamente, la obra de Komai llevaba un mensaje que las élites comunistas, confrontadas con aparatos productivos declinantes y con numerosos fenómenos de contestación, eran proclives a aceptar: el sistema había fracasado por la contradicción, aparentemente insoluble, entre eficiencia e igualdad. Al haber defendido esta última durante décadas, el equipo dirigente comunista había salvaguardado sus propios principios ideológicos, a costa, empero, de un estancamiento fatal de la economía. Ahora bien: las masas exigían a gritos en la calle la eficiencia y, por consiguiente, era el momento político ideal para sacrificar la igualdad. Este razonamiento de las élites comunistas iba acompañado de una revaloración de los principales sujetos sociales del sistema. Quien más afectado se vio por semejante revalora-

21 "Przemiany w partii" en Trybuna Ludu 27/VII/1989. También: "Zjednoczona wokół podstawowych wartości" en Trybuna Ludu 1fyVIII/1989.

22 Ver, valga por caso, Herbich D. - Zygulski W.: "Wilczek pushes ahead with industry restructuring" en Voice 9/IV/1989.

23 Ya a comienzos de la década de los 80, era motivo de reflexión el contraste entre la desazón de los obreros cualificados (los supuestos portadores del progreso, en la versión marxista) y el relativo conformismo de los no cualificados. Ver, por ejemplo, Wisniewski: "Przemiany w poczuciu zaspokojenia niektórych potrzeb w społeczeństwie polskim w latach 1977-1981" en Studia Socjologiczne 3 1983.

24 Sobre todo a través de su obra clave ('Economía de la penuria del Déficit'). La historia de este libro es muy interesante. Publicada como "A hianyi" (que literalmente sería "El déficit") conoció su primera traducción al inglés bajo el título de 'Economics of Shortage'. Pasó mucho tiempo antes de que fuera llevada a otra lengua de algún país socialista europeo: en 1985 aparecía legalmente publicada en Polonia como "Niedóbr w gospodarce". Es un título deformado ("El déficit en la economía") que no dice nada sobre el carácter estructural que se le atribuía al fenómeno. Los komaianos polacos no dejaron de notar y criticar esto. Sólo hasta 1989, cuando ya Komai era reconocido mundialmente, fue la obra vertida al ruso.

ción fue, naturalmente, la propia clase obrera. El obrero, de arquetipo de “hombre nuevo”, pasó a convertirse en un personaje cada vez más problematizado del drama de la producción. De hecho, en la visión komaiana la falta de incentivos para los dinámicos y de castigos para los perezosos era uno de los elementos claves para comprender las incongruencias del socialismo. La pregunta de cómo podían los obreros liderar a la sociedad fue reemplazada por la pregunta de cómo hacer que los obreros cumplieran las normas mínimas de productividad y eficiencia.

Así, a lo largo de la década de los 80, y especialmente a partir de 1987, las élites y los tomadores de decisiones pasaron de un paradigma igualitarista a otro que puede ser descrito, sin mayores injusticias, como anti-obrero. La participación de la población ya no se percibía como aporte a la “construcción de la nueva sociedad”, sino como un límite a la puesta en práctica del programa económico²⁵. Si el lema del gobierno polaco de aquel entonces (zaciskanie pasa: apretón del cinturón) no fuera lo suficientemente evocador, habría que traer a cuento la lapidaria reflexión de Jerzy Urban, uno de los campeones del comunismo polaco, poco después de que éste cayera: “En Polonia, todo obrero es un saboteador”. Por lo demás, la literatura del período sobre desmoralización laboral, baja productividad y corrupción de la clase obrera es muy abundante.

Esporádicamente, escritores del Partido salían a la palestra para protestar contra esto que consideraban una desnaturalización. Ya conocemos el tono de estos lamentos. Pero se trataba de esfuerzos condenados al fracaso. Una vez dado el salto de la consideración colectiva de la clase obrera (ya fuera como depo-

sitaría de la legitimidad y del progreso, ya fuera como comunidad solidaria y sufriente) a la consideración individual de ella (como productores directos tomados individualmente, que son o no eficientes, motivados, capaces, etc.) era inevitable que sobreviniera una oleada de desencanto.

El debate entre “friedmanistas y galbraithianos” (como los bautizara el propio Komai)²⁶ dentro del Partido se hizo cada vez más evidente en la segunda mitad de la década de los 80. Posiblemente el punto de inflexión en este debate haya estado también alrededor de 1986-1987, años en los que la sociedad y, particularmente, el mundo académico, comenzaron a percibir la urgencia de lanzar la “segunda etapa de la reforma económica”. La pregunta simple que se planteaba a ciudadanos, académicos y tomadores de decisiones era: ¿cómo salir del punto muerto en el que se encontraba Polonia?

El debate que se dio en las páginas de *Zycie Gospodarcze* en 1987 y 1988²⁷ es extraordinariamente interesante y revelador de las opciones sugeridas por las élites dirigentes en la búsqueda de un “sistema social adecuado”. Las veleidades de participacionismo obrero -en favor de las cuales había jugado el gobierno, aún sin sindicalismo, antes de 1986- son reemplazadas en algunos autores por la preocupación de unir la reforma económica a la instauración de una democracia representativa adecuada. Pero el grueso de las propuestas e ideas caen en un terreno “komaiano”: cómo lograr construir un sistema de precios racional que permita la eficiencia, cómo lograr la formación de verdaderas empresas, cómo formular reglas de juego que permitan premiar a los eficientes y hacendosos y castigar a los ineficientes²⁸. Es

25 Daka W.: “Co sie powiodlo, co sie nie udalo” en *Polityka* 4 1990.

26 Komai .1.: “Proces Wegierskiej reformy: wizje, nadzieje” - En *Colloquia Communia* 3-4 1989.

27 Especialmente la serie de textos que apareció bajo el marbete común de ‘Niewiadome układu doelowego’.

28 Remitimos a los siguientes artículos: Matysiak A.: “Czy własność społeczna hamuje reformy?” en *Zycie Gospodarcze* 4 1988; Albinowski S.: “Pierwszy impuls” en *Zycie Gospodarcze* 14 1988; Madej Z.: “Czy można rządzić bez rynku pracy?” en *Zycie Gospodarcze* 14 1988; Charszewski W.: “Ku samoregulacji” en *Zycie Gospodarcze* 16 1988; Porwit K.: “Nowa logika gospodarowania i drogi do niej” en *Zycie Gospodarcze* 17 1988; Ratajczak: “Model bez celu (1-2)” en *Zycie Gospodarcze* 21-22 1988; Jezioranski T.: “Sprawy różne” en *Zycie Gospodarcze* 23 1988; Mieszczankowski M.: “O przewyższenie impasu” en *Zycie Gospodarcze* 23 1988.

claro que ya por entonces los friedmanistas estaban tomando la mejor parte, y que los discursos sobre la clase obrera no sólo no tendrían mayores vínculos con el marxismo tradicional, sino que partirían de una evaluación muy severa acerca del cumplimiento de los deberes y obligaciones de los obreros con respecto del país.

En 1988 y 1989 esta tendencia no hizo más que reforzarse. El caso de la OPZZ es sumamente revelador. Nacido bajo la égida comunista, ya en 1986 y 1987 estaba protestando contra los excesos de la reforma. El curso del gabinete Rakowski y el empobrecimiento implacable que producía la reforma económica sobre todo entre los obreros no cualificados -entre los que la OPZZ y los propios comunistas tenían su principal audiencia-, llevó a la OPZZ a una independización paulatina del Partido, que culminó en una ruptura formal. La OPZZ culpaba al PZPR de no darle suficiente audiencia y espacio de maniobra dentro del Partido. La ruptura, inevitable, ya era evidente durante las conversaciones de la "Mesa Redonda", a las que la OPZZ fue en un extraño doble papel de defensor de las reivindicaciones obreras y fantasmón del pasado.

Por supuesto, el "apretón del cinturón" tenía unas consecuencias que iban más allá del discurso. Ya en 1986, la OPZZ, abandonaba su rol rigurosamente oficialista²⁹ para protestar con voz gruesa contra las políticas gubernamentales de "frenar la demanda y no... aumentar la oferta"³⁰. Un poco después, Alfred Miodowicz reivindicaría haber ayudado a tumbar a un primer ministro comunista (Messner) por sus políticas neoliberales. Vale la pena anotar que los sectores obreros de la oposición política, aunque enemigos a muerte de la OPZZ, adoptaron una posición perfectamente simétrica: la defensa de los privilegios conquistados, aún en los casos en los que estos se contradecían cla-

ramente con la racionalidad de la economía de mercado (y por consiguiente con el discurso de la Solidaridad de la segunda mitad de la década de los 80). Particularmente interesante es la defensa que hizo Solidaridad de las "empresas políticas" (i.e., enormes conglomerados laborales que funcionaban a pérdida y que garantizaban salarios bastante superiores al promedio de la clase obrera) durante las conversaciones secretas comunistas-oposición que precedieron la legalización de ésta³¹.

El desencuentro entre élites comunistas y obreros se extendió, como hemos ya indicado, al terreno de la participación. Hablando en términos gruesos, hasta entrada la década del 80, unas y otros creían que una mayor democracia industrial era un elemento clave de cualquier estrategia económica y política aceptable; cierto es que dichas democratizaciones generaban períodos de inestabilidad que el sistema, estrictamente centralista, difícilmente podía asimilar. Armadas de su nuevo paradigma, y escaldadas tanto por el desbarajuste del modelo participacionista yugoslavo como por breves experiencias no muy afortunadas en sus propios países, las élites comunistas se decidieron a apostar a favor del empresario schumpeteriano como demiurgo de la eficiencia y la innovación. De ahí el entusiasmo lírico del último gabinete comunista por "los hombres de éxito" (y, en efecto, en lugar de curtidos aparatchiki partidistas y sindicales había allí grandes empresarios miembros del Partido, como el vicepremier Sekula o el ministro de industria Wilczek).

En su último año de existencia, el régimen comunista estuvo manejado por élites que percibían claramente el daño que había producido el mito del obrero "ciudadano ideal", depositario de la legitimidad y del progreso, lo mismo que el mito simétrico sostenido por Solidari-

29 En el que siempre se sintió muy incómoda; y en 1987 su líder populista, Miodowicz, declaraba que la OPZZ era heredera de las reivindicaciones y valores de solidaridad, lo que podría parecer divertido pero es en todo caso sintomático. Cfr. Miodowicz A.: 'Związki zawodowe w rok po Kongresie' en *Nowe Drogi* 12 1987.

30 "Congreso de los Sindicatos Polacos Renacidos: Programa-Decisiones-Posiciones-Resoluciones', Instytut Wydawniczy Związków Zawodowych, Warszawa, 1987, p. 47.

31 Dubinski K: 'Magdalenka - Transakcja epoki', Sylwa, Warszawa, 1990, pp. 158 y 186.

dad sobre el obrero víctima y miembro de una comunidad solidaria. Pero, al impugnar el mito del "obrero progresista", las élites comunistas sacrificaron su legitimidad interna sin obtener nada a cambio. Los militantes del PZPR, asociados con mil vínculos afectivos a

la clase obrera, no acompañaron a las élites a este salto al vacío; el pequeño pero sólido hardcore comunista se volatilizó (ver Gráfica 1). El resultado directo, como sabemos, fue la aplastante derrota sufrida por el PZPR a manos de Solidaridad en junio de 1989.

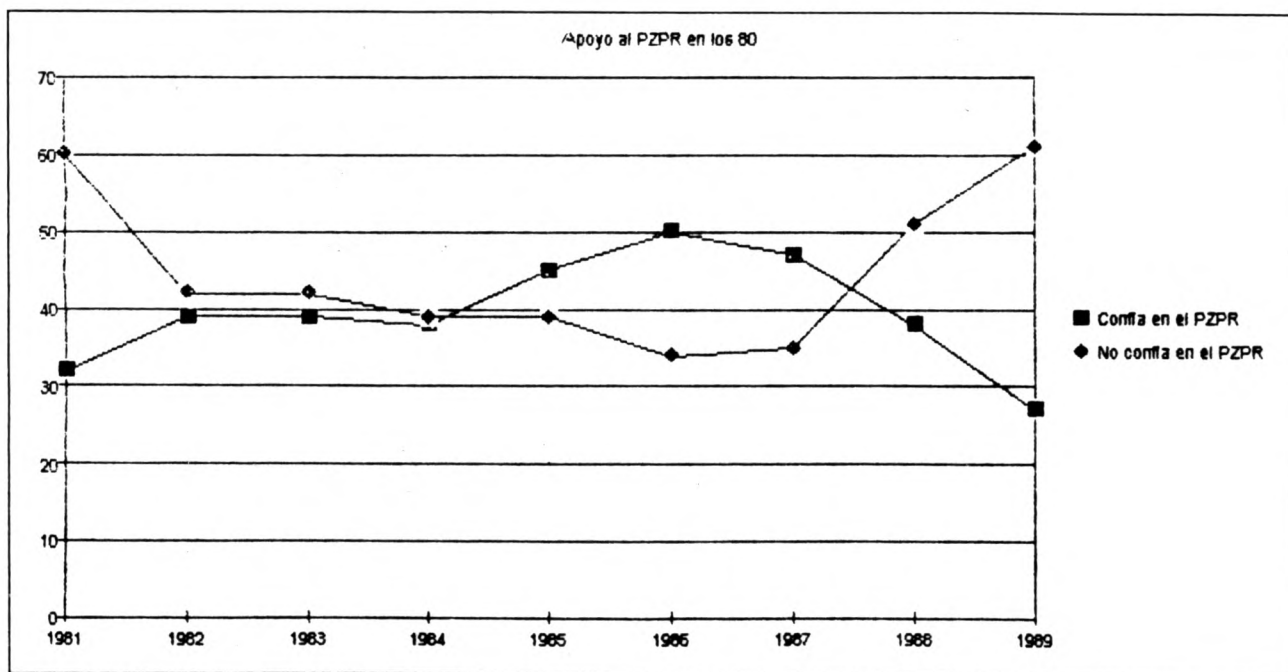


GRAFICO No. 1

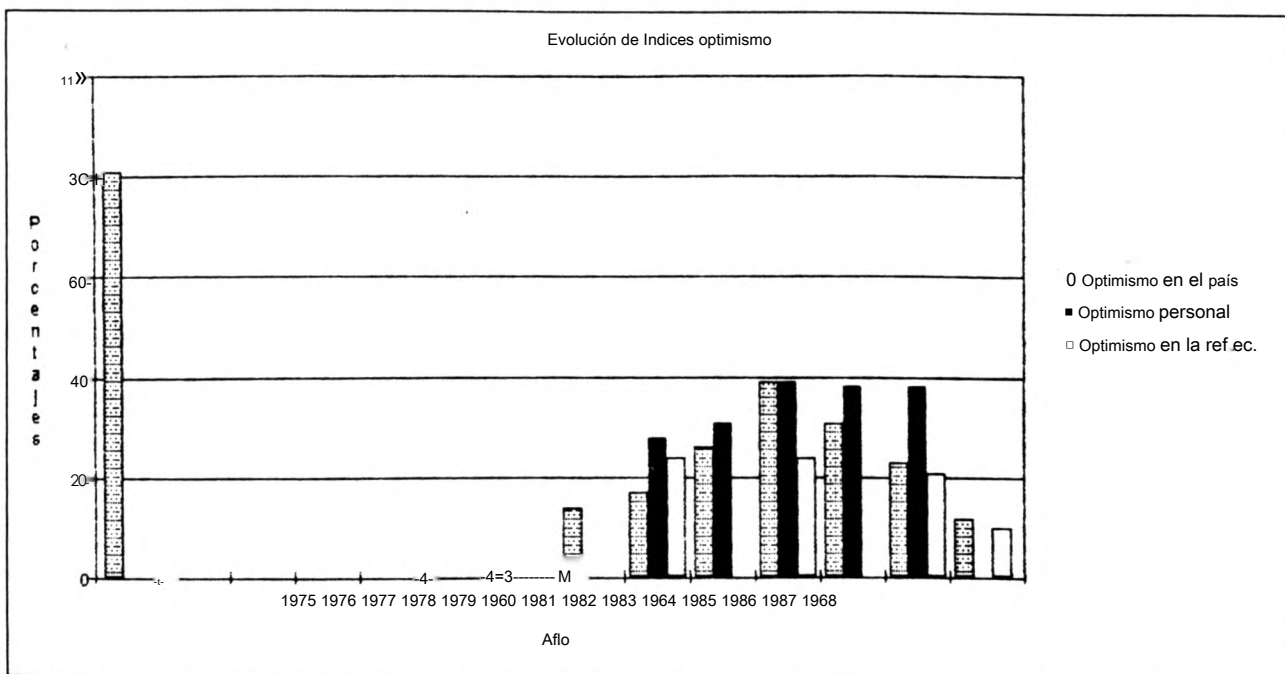


GRAFICO No. 2

